

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, febrero de 1951

Núm. 984

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## CLAROR DE LUNA

Enseguida que llegué a Bonn, pregunté por la estatua de Beethóven y fui corriendo a vagar junto a ella, cuando ya empezaba la noche a caer bajo las copas de los árboles de la poética ciudad.

La soledad, la luna que subía, la presencia del Genio y mi sentimentalismo me hicieron recordar la anécdota de la sonata "Claror de luna". Toda la escena pasó por el fondo de mi interior y yo la reconstituí con deleite inefable.

¿No habéis oído la anécdota? Era en Bonn, durante una noche de invierno, una noche blanca, una noche de serenidad y de silencio por las calles.

Llamé a Beethóven invitándole a pasear conmigo. Corríamos las calles más solitarias, unas veces hablando de las bellas cosas de la juventud, otras veces en coloquios con nuestro propio corazón.

Al pasar por una de las más olvidadas callecitas se paró de repente Beethóven; en el fondo de la calle sonaba un piano que estremecía nuestras almas, que humedecía nuestros ojos.

¡Silencio! —me dijo— "Es mi sonata en Fá"...

¡Oh, que profundamente la ha sentido el que la toca!

En la paz poética de la calle y del momento, anduvimos unos pasos, silenciosamente.

Conmovidos nos paramos en el umbral de la casita humilde y escuchamos sin respirar ni hacer ningún ruido, porque oíamos casi el palpitar del corazón que tocaba al otro lado de la puerta. Súbitamente, el piano calló y una vocécita, sollozando casi, dijo: —No puedo más, es tan hermoso, que va más allá de mis fuerzas.

No la puedo tocar...

Callábamos. Y la vocécita volvió a decir, suavemente, como un motivo de balada: ¡Oh, cuanto daría por oír uno de esos grandes conciertos de Colonia!

Entonces una voz de hombre de sonido conciliador y paternal habló con la otra: —Hermana, ¿para qué soñar? Consolémonos con nuestro piano. Nuestra pobreza no nos deja oír, ni

ver, ni marchar, pero es dulce, porque tenemos el consuelo de nuestro corazón, que siente el amor y el arte.

Beethóven me miró, invitándome con su mirada y con su gesto a que entrásemos.

Estaba conmovido hasta lo más hondo y misterioso de su corazón. Yo no me atrevía a llamar...

Pero Beethóven, resuelto, arrugada su frente como en los grandes momentos de su vida interior, empujó la puercecita de la casa. De pronto nos dió la luz del cuarto y nos hallamos sin saber que decir. Un jóven pálido, detrás de una mesa, trabajaba en zapatería.

Una muchacha rubia, de cabellera que la luz ponía como el oro, estaba sentada, con un codo sobre el piano antiguo. El pelo de la preciosa cabecita, tapaba la mano en que se apoyaba el rostro melancólico, la otra mano estaba sobre la falda oscura, blanqueando como una manita muerta...

¡Perdonad! —dijo Beethóven. Oímos la música y no nos pudimos detener, porque la música es nuestra pasión más fuerte. Es una bella locura lo que hemos hecho, dispensad...

—Sí dispensadnos —dije yo también ayudando tímidamente.

Ella, la muchacha de cara triste y del pelo de oro, se puso un poca roja.

El, hizo un visible gesto de molestia, enojado y severo.

—Perdonadnos —volvió a decir Beethóven. —He entrado porque yo sé también música, porque somos un poco soñadores, porque hemos oído un poco de vuestra conversación y porque pensamos que os podía tocar alguna obra maestra. ¿Usted desea oír? ¿Le gustaría que un desconocido llegado de una manera inesperada, tocase algo para usted que no ha podido oír los grandes conciertos de Colonia?

Había no se que de bondadoso y natural y amable en la voz de Beethóven que el hielo se rompió. Ellos, los dos hermanos, sonrieron involuntariamente; nosotros nos sentimos aliviados de la severidad de nuestra situación.

Gracias, señor, pero nuestro piano es muy deficiente —dijo con un poco de vergüenza el pobre trabajador.

Echamos también de ver entonces que no había música.

Beethóven preguntó que cómo había podido aprender aquello sin los papeles... Pero pronto el gran maestro detuvo estas palabras que eran de un tono de confianza y de broma, las detuvo porque mirando a la carita triste de la joven, vió con dolor que la pobre muchacha era ciega.

¡Oh, perdónadme señorita! No me había fijado ¿Entonces tenéis el mérito de tocar de oído? ¿Pero donde oye usted música, puesto que no puede ir a los grandes conciertos?

—Oí tocar a una señora que vivía cerca de nosotros cuando estuvimos en Bruhl. En las tardes de verano sus ventanas estaban abiertas y yo escuchaba desde la verja del jardín.

Beethóven no habló más, se sentó tranquilo delante del piano viejo y empezó a tocar: las sensaciones que nos produjo el primer acorde, nos reveló la grandeza del solemne momento que iba a llenarnos de felicidad. Nos lo reveló aquel gesto, aquella arruga de la frente, aquella serenidad de apostólica inspiración, como un Jesús consolando en la casa de los pobres...

Durante los muchos años que le conocí, nunca le oí tocar igual, jamás tocó como le oí tocar aquella noche para el trabajador poeta y para la hermanita de los ojos ciegos. Los dedos del maestro dulcificaron el piano antiguo y sonó como una música de ensueño, transportadora y religiosa.

Un silencio como el de Dios en la Naturaleza inmensa, reinó en todo, como si todo el Universo oyera, no como si escucháramos únicamente los tres insignificantes mortales que teníamos aquella felicidad en nuestro corazón, ¡aquella única felicidad que bajó sobre el mundo aquella noche! La ciegucecita rubia, estaba acurrucada, comprimido todo su ser, recogida toda la materia hacia el espíritu. El pobre trabajador había quedado en éxtasis... De repente la llama de la bujía única que estaba en alto, vaciló y se apagó del todo.

Beethóven se paró y yo abrí de par en par las contraventanas para que entrase la blancura dulce de la luna. La cadena de las ideas pareció romperse con aquel incidente; Beethóven dejó caer las manos sobre sus rodillas, os-

cureció la luz de su rostro y se quedó en ensueño.

La luna, los rayos de la luna, le envolvían como a un santo.

¡Hombre extraordinario! ¿quién y que es usted?—le dijo suavemente el hombre de la casa. ¿Quién es usted?...

El maestro sonrió entonces, endulzando su fisonomía y diciendo:—Oiga usted—¿Quiéren oír un poco de lo que tocaba antes la señorita? Se puso al piano de nuevo y vibró por el gran silencio la "Sonata en Fá".

Cuando la oyeron salir del corazón de Beethóven los dos hermanos reconocieron, como por évocación, al maestro.

—Ah, Dios mío, ¿es Vd. Beethóven?

Los ojos de la ciegucecita lloraban. Pasado el momento solemne de sentir la música, y de sentir la proximidad del creador, la pobre jóven rubia, la pobre muchacha de tan gran corazón, se puso de plé y anduvo bajo la claridad.

Como un ser intangible y de milagro, las manos tendidas, el rostro en luz, llegó hasta el maestro.

Y con la voz que era otra sonata le dijo:

—No os marchéis. Tocad otro poco. Os ha mandado Dios ¡Sólo una vez, maestro!

El Todopoderoso de la música se dejó con las manos de luz, con las manos exangües de la ciega. El no se atrevía a hablar de aquél magnífico momento de claror de luna, por una exquisita delicadeza hacia el dolor de aquellos ojos apagados. Pero después de callar unos instantes, bajo el paisaje de la noche blanca, dijo a la ciegucecita, como si en realidad hablara sólo para ella:

—Entonces improvisaré para usted una sonata que podrá llamarse mañana u otro día —"Al resplandor de la luna"...

Miró un poco al cielo pensativamente y empezó un armonioso compás, suave como el paso de una luz en la noche, como la onda de la luna sobre el paisaje; un compás que daba la sensación del desprendimiento de la carne y de la elevación del espíritu soñador.

Después un complicado compás de tiempo triple rodó por el silencio de la noche, como si aquello quisiera describir una danza fantástica de los espíritus bajo los árboles del bosque en la gran soledad del campo. Y por último, "agitato finale", semejando la descripción de una huída de la tierra, una huída llena de incertidumbre y de temores impulsivos abatió nuestros corazones en el silencio definitivo de la escena. Beethóven se levantó con la actitud de un iluminado o de un héroe. Cogió las manitas, las dos manitas delgadas, exangües y luminosas, y dijo adios.

—¿Volveréis algún día? —Sí volveré a tocar para usted, ¡Adios!

Por la calle solitaria llena de paz serena, de una noche magnífica marchábamos poco a poco, adormecidos en el encanto de aquella hora de poesía. Pasábamos aún para mayor gloria del

corazón, por encima del Rhin, que plateaba en el fondo del silencioso paisaje.

Después Beethóven no quiso vagar más y se metió en su casa a escribir la sonata junto a los cristales inundados del claror de la luna...

A media noche me retiré a descansar. Por la ciudad no se oían pianos, del fondo de los jardincitos no salían músicas de manos pálidas. Pero llevé de la soledad de los árboles, del silencio de las calles y de la contemplación de la estatua de Beethóven, una música interior que me elevó el corazón hasta el cielo.

R. SÁNCHEZ DIAZ.

## Persecución contra los cristianos

(Páginas de la obra «FABIOLA» del Cardenal Wiseman)

Hacia algún tiempo que Diocleciano y Galerio habían encendido en Oriente la persecución, cuando recibió Maximiano el decreto para principiarla en Occidente. No se trataba ya de reprimir, sinó de exterminar por completo a los cristianos, y las primeras víctimas debían ser los jefes de la Religión. Al efecto era necesario concertar todos los medios de destrucción emplear todos los instrumentos posibles para coadyudar a la seguridad del éxito, y hacer por último que el golpe decisivo fuese acompañado de la horrible pompa del decreto imperial.

A este fin el Emperador, aunque impaciente por ver realizado su sanguinario designio, habíase conformado con el parecer de sus consejeros de que se aplazase la publicación del edicto hasta poderlo hacer simultáneamente en todas las provincias y gobiernos de Occidente; pues de este modo la siniestra nube preñada de odio y de venganza permanecería algún tiempo misteriosamente suspendida sobre las amenazadas víctimas, hasta que al fin, estallando de repente, descargase sobre ellas todos sus elementos.

Era el mes de Noviembre cuando Maximiano Hercúleo convocó la asamblea en que sus planes debían quedar definitivamente resueltos; y a ella fueron llamados los altos oficiales y dignatarios de su Corte. El principal de ellos, el prefecto de la ciudad, había llevado consigo a su hijo Corvino, a quien propuso para capitanear un cuerpo de cazadores armados escogidos entre los más feroces y encarnizados enemigos de los cristianos. Habían ocurrido también para recibir instrucciones los prefectos de las provincias de Sicilia, Italia, España y las Galias; varios filósofos y oradores, y muchos sacerdotes del paganismo, que, llamados también para que asistiesen, habían llegado de diversos puntos del Imperio para pedir que se procediera sin piedad y con el mayor rigor contra los enemigos de los dioses.

Reunidos pues, en la vasta basílica imperial o sala de honor del palacio Laterano los que debían constituir el Consejo de

Maximiano, y a quienes habíase impuesto bajo pena de muerte el secreto, presentóse el Emperador, yendo a sentarse en un trono de marfil ricamente adornado, en el ábside semicircular que había en un extremo del salón, y enfrente de él se colocaron sus obsequiosos y casi estremecidos consejeros.

Una guardia de soldados escogidos custodiaba la entrada.

Bien lejos estaría el Emperador de imaginarse que aquel salón en donde a la sazón se hallaba sentado, y que poco después cedió a Constantino con el palacio adyacente como parte del dote de su hija Fausta, había de ser transferido por este último al Jefe de la Religión cuyo exterminio proyectara, y que conservando su nombre de Basílica Laterana llegaría a ser la catedral de Roma, o sea *la madre y primada de todas las iglesias de la ciudad y del mundo*. Menos aún habría podido imaginar que el mismo sitio en que estaba su trono se levantaría una Cátedra desde la cual una dinastía inmortal de soberanos espirituales y temporales dictaría decretos obedecidos en regiones completamente desconocidas entonces de las águilas romanas.

Concedióse primero el uso de la palabra a los sacerdotes por respeto a su ministerio. Cada uno de ellos tenía un desastre que referir. Aquí se había desbordado un río causando grandes daños, allí un terremoto había destruído media ciudad; en las fronteras del Norte amenazaban los bárbaros con una irrupción; al Mediodía la peste hacía innumerables víctimas y cubría de luto y desolación a muchas poblaciones. Consultados los oráculos habían todos declarado que de tantas calamidades tenían la culpa los cristianos, cuya existencia, demasiado tiempo tolerada, había provocado la ira de los dioses, y cuyos sortilegios atraían males sin cuento sobre el Imperio. Mas aún, muchos de los oráculos habían fulminado la terrible amenaza de que enmudecerían hasta que fuese exterminada la aborrecida casta de los nazarenos; y el grande oráculo de Delfos había asegurado que «el Justo no permitiría a los dioses hablar».

Luego los filósofos y los retóricos fueron desarrollando prolijamente sus teorías en hinchados discursos que en Maximiano sólo producían fastidio e impaciencia. Al fin llegó el turno al hombre que según fama había hecho profundos estudios de las doctrinas del enemigo y que conocía a fondo todas sus peligrosas tramas. Decíase también que había leído todos los libros de los cristianos y que estaba escribiendo una refutación de todos sus errores, que se disiparían como el humo. Yo mismo, decía, he visto estos libros raros y curiosos, y podría citar páginas muy dignas de vuestra atención; pero me limitaré a un hecho que más directamente se relaciona con nuestras deliberaciones. Esta raza había combatido a cuantos reyes y pueblos encontró a su paso destruyéndolos a todos. Pasar a filo de espada a sus habitantes de las ciudades de que se apoderaban, tal era el principio que les habían inculcado sus ambiciosos y fanáticos sacerdotes; principio cuyo cumplimiento llevaban a tal rigorismo, que cuando uno de sus reyes llamado Saulo, o bien Paulo,

perdonó a un desgraciado monarca prisionero, cuyo nombre era Agag, los sacerdotes mandaron descuartizar al infeliz cautivo.

Y ahora continuó diciendo Calpurnio—sabadlo: los cristianos están aún dominados por esos mismos sacerdotes y dispuestos a destruir el gran imperio romano, a quemarnos vivos todos en el Foro y aún a poner sus manos sacrílegas sobre las sagradas cabezas de nuestros divinos emperadores.

A tales palabras por tal modo pronunciadas resonó por la asamblea un murmullo de horror, pero restablecióse muy pronto el silencio porque el Emperador dió señales de querer hablar.

—Por mi parte, —dijo Maximiano, —tengo más poderosos motivos para aborrecer a los cristianos. ¿No han llevado su osadía hasta establecer en el centro del Imperio, en esta misma ciudad de Roma, la Cabeza suprema de su religión, autoridad antes desconocida, independiente del Gobierno imperial, mientras ejerce grande y poderosa influencia en el espíritu de los cristianos? El emperador había sido siempre reconocido como jefe supremo de la religión y del Estado, de donde le vino el dictado de Pontífice Máximo. Pero esos cristianos establecieron una potestad diferente, dividieron la autoridad civil de la religiosa, y por consecuencia sólo me guardan a medias su sumisión y la lealtad que se me deben por entero.

Ese discurso pronunciado con voz áspera y dura, y con acento bárbaro y tosco, fué recibido con frenético entusiasmo, y enseguida se dispuso la publicación simultánea del edicto en todo Occidente y su completa e inexorable ejecución.

Dirigiéndose bruscamente a Tértulo, le dijo el Emperador:

—¡Prefecto! ¿no me dijiste que tenías que proponerme un sujeto muy apto para cuidar esas operaciones y tratar sin piedad a esos traidores?

—Majestad, aquí le teneis: es mi hijo Corvino.

Y tomándole de la mano, Tértulo condujo al joven candidato a las gradas del trono, en donde se arrodilló.

Maximiano clavó en Corvino una mirada escrutadora, y soltando luego una carcajada, dijo:

—¡Por Júpiter! ¡este es mi hombre! No sabía, prefecto, que tuvieses un hijo tan horriblemente feo. Por las trazas cumplirá su cometido a maravilla, pues veo estampadas en sus facciones todas las cualidades de un desalmado.

Y volviéndose a Corvino, que tenía el rostro encendido de ira, terror y vergüenza, díjole:

—Espero ver como te portas. Nada de pasos en vago, ni de golpes al aire, sino en terreno firme y sobre seguro. Pago bien al que me sirve, pero al mismo tiempo doy su merecido al que me sirve mal. Con que ya lo sabes: marcha, y no olvides que si tienes buenas espaldas para responder de faltas leves, pagarás las graves con tu cabeza. Las haces de los lictores están formadas de varas, pero en todas ellas hay también una afilada segur.

.....  
Han pasado muchos siglos y la historia repite las escenas del tirano que organiza

la persecución contra los discipulos de Cristo.

La experiencia ha dado nuevos medios y más perversidad a las persecuciones.

Pasarán los tiranos y los perseguidores de los cristianos y la fé seguirá cada día más fuerte y la doctrina de Cristo extendiendo su influencia salvadora.

## ¡RECUERDO!

20 - 2 - 47

Un hijo es un angel que el cielo nos suele prestar

Y por eso el niño sus alas despliega, sonríe, nos besa y se va.

Preguntadle al niño que muere si quiere tornar

Y os dirá que la gloria es su patria que allí está vestido de luz inmortal.

No lloreis por el hijo que deja desierto el hogar

que el niño es la flor de los cielos y allí sus hermanos, los ángeles, van.

Las campanas el viento rasgando con lento compás os anuncian que el angel ausente os tiende la mano y os dice: esperad.

No lloreis por el hijo que muere dejadle volar . . .

! Cuantas penas la muerte le quita !  
! Qué de dichas la muerte le da !

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—Maestro, le pregunta el príncipe de la sinagoga, ¿qué de bueno tengo que hacer para tener la herencia de la vida eterna?

—Jesús de Nazaret, contestó, diciendo:

—... si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

—Los he observado desde mi niñez, Maestro.

—Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo.

Apenado el rico príncipe de la sinagoga, al saber que le costaría perder toda su hacienda en beneficio de los pobres para ser perfecto, se apartó de Jesús entristecido.

.....  
En la vida del hombre hay muchos absurdos, muchas inconsecuencias, muchos modos de obrar contrarios al sentido común.

Si pudiéramos hablar a solas con la conciencia de muchos, que viven frívolamente la vida aparentando una indiferencia total ante el problema de la fé, nos sorprendería su modo de ver, y su modo de actuar en la vida diaria.

La fé, está escondida en lo íntimo de su corazón, como una brasa oculta por las cenizas de una hoguera. Allí está ocul-

ta a las miradas de quienes le rodean en su actividad profesional, a sus relaciones y a sus más allegados parientes y amigos. No obstante, la fé anida en su corazón y es llama permanente en lo íntimo de su conciencia.

Si la muerte llamase a sus puertas, la brasa surgiría con la fuerza avasalladora de la fé.

Sin embargo, y este es el absurdo, vive el hombre de la fé escondida aparentemente como si hubiese muerto en el, toda idea de Dios y de la eternidad, apagada la brasa que le mantenía fiél a su religión y aventadas las cenizas desde los tiempos de su juventud.

Nunca escucharéis en sus conversaciones palabras inspiradas por la fé, ni sus actos seran a la faz del mundo, reflejo de sus recónditos sentimientos; su vida profesional, parece apartada de toda influencia religiosa; su vida privada, discurre al margen de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Si se le verá tal vez, en la misa dominical, como un acto oficioso, conveniente a su vida pública, y ésa será su única demostración de catolicidad.

Por lo demás, vive apartado e indiferente, como si la vida fuese eterna y no hubiese un fin nunca lejano, en el que se abandonarían todas las vanidades humanas y comodidades de que se disfrutaban.

Es absurdo, el comportamiento de estos hombres, que creen y no quieren vivir una vida más religiosa de acuerdo con su fé.

Si se cree de veras, el sentido común, la lógica, y lo verdaderamente normal, será guardar fielmente los mandamientos de la ley de Dios, someterse a los preceptos de la Iglesia y demostrar en todos sus actos la fé que rige nuestra vida y es el objeto final de nuestro vivir en el mundo.

Seamos consecuentes con nuestros principios. De nada sirve engañarnos a nosotros mismos en asuntos tan graves y de tan extraordinarias consecuencias. Si tenemos fé, si somos católicos, seamos de verdad; pero no pretendamos el absurdo de que guardemos la fé entre las cenizas ocultando sus brasas y aparentemos indiferencia ante la ley santa de Dios que nos manda vivir y actuar de acuerdo con sus normas religiosas.

Al final de nuestra vida y por toda una eternidad, no serán nuestros amigos, ni nuestros compañeros de profesión, quienes habrán de juzgar nuestros actos y nuestra conciencia, será Dios, que vé muy adentro y sabe de nuestras intenciones, de nuestras cobardías y de tantos pecados que ocultamos a la vista de algunos y exhibimos con descaro a la admiración de otros, perdiendo nuestra personalidad, nuestro caracter y lo peor aún, manchando nuestra conciencia al pecar contra Dios

.....  
Apenado también, se quedó Jesús de Nazaret, viendo marchar entristecido, al rico príncipe de la sinagoga.

R.

**El periódico católico, puede llegar a todos los hogares, donde no llega el sacerdote.**

Comentando

**LA GRIPE**

La gripe, como los Reyes Magos, ha paseado la abundancia de sus camellos jibosos por nuestras calles. Ha visitado nuestras casas, y en ellas se ha demostrado plenamente su prodigalidad. Traía abundancia de regalos de calenturas, y aquí dejaba treinta y ocho, allá cuarenta, acuyá cuarenta y uno... pero para todos trajo algo. En su memoria prodigiosa, no ha faltado un nombre, y todos fuimos para ella niños buenos, a juzgar por los regalos que nos dejaba de paso.

En mi casa entró por el balcón entreabierto, en una noche desapacible, y a la mañana siguiente me encontré con la agradable visita de sus regalos. Quise medir la intensidad de estos, y coloqué un tubito de cristal con números, bajo mi brazo. El resultado no fué de mi agrado. ¿Por qué al vecino de mi piso que se porta infinitamente peor que yo, a su paso le dejó sus cuarenta y un grados, y a mí sólo me dejó treinta y ocho? Me encuentro verdaderamente despreciado, y protesto. ¡No me levanto de la cama, y que trabaje el vecino agraciado!. Y me duermo. No sé el tiempo de duración de mi sueño, pero cuando despierto es otra vez por la mañana. Veo con curiosidad que la gripe, dándose cuenta de la razón de mi enfado, se ha acordado otra vez de mí y me ha visitado de nuevo. ¡Qué prodigalidad la suya! El tubito de cristal con números, que ya sabe solo a su sitio, marca esta vez cuarenta y uno. ¡A ver si adelanto a mi vecino y le gano en esta carrera que registra el tubito!

Es verdad que yo ya sentía antes antipatía por mi vecino, pero nunca llegué a presumir que la envidia fuese causa de esta desazón mía. Ahora ya comprendo que sólo la envidia era causa de ella, y es que me veía relegado a un término inferior en el cariño de la gripe.

Guardé cama. Esto no quiere decir que me cogí una cama y la cerré con llave en el armario, sino que yo me guardé dentro de la cama unos días. Nunca dormí tanto ni nunca soñé tanto. Estaba encantado; no trabajaba nada y dormía mucho. ¡Así tienen todos ganas de que les visite la gripe con abundancia de décimas y zarandajas de esas!

Y lo peor del caso, que me pasó lo que a todos pasa. Que mi alegría ante la derrota de mi vecino llegó a cansarme y ya me acordaba de él más para que desearle me venciese que por festejar mi triunfo. Mi vecino ya salía de casa tranquilamente y yo me pudría en la cama. Y vino a verme y me recomendó el remedio. La gripe se me resistía. La trataba bien, y, naturalmente, no quería marchar de mi cuerpecito serrano. La convidé a penicilina y otras cosas que no le gustaban, y al fin, me abandonó. Hoy supe que anda todavía por el barrio prodigando sus favores y sus desvelos en otras casas, y que al pasar por la mía mira para aquel balcón por el que un día no lejano entró a visitarme y a obsequiarme cariñosamente.

Y yo tengo que aguantar las visitas de mi vecino que se acostumbró a ellas con la disculpa de la gripe, y cuando veo pasar a ésta por cerca de mi casa, me apetece llamarla de nuevo para que me visite, o para que se vaya a vivir para siempre con mi vecino.

HERO.

## La revista "Torrecerredo"

Para quienes vivimos todo el año alejados de los aires puros de la montaña, esta revista nos trae anualmente, con sus cuidadas páginas llenas de interesante literatura montañera, un recuerdo lleno de meditación y de envidia hacia esas regiones donde los espíritus selectos comprenden las grandes obras de la creación y saben admirarlas.

Los socios de "TORRECERREDO" encuentran en las alturas de los montes astures un placer que compensa con exceso el trabajo de las ascensiones.

Agradecemos el delicado obsequio de esta revista que nos hace contemplar con envidia a los excursionistas que disfrutan del placer espléndido y grandioso de las altas cumbres.

Nuestra felicitación entusiasta a sus dirigentes.



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

**José Romero Tena e Hijo**

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen)**VALENCIA**

Máquinas de coser y bordar

**“ALFA”**Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina  
Parque Infantil) Telf. 1817 - GIJONANTIGUA FUNERARIA  
— DE —**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

Proveedor del S. P. Vaticano

**JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA****Vda. de Melchor Osorio**Relojes, joyas y artículos  
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA****J. A. M. S. A.**PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

**La Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)